

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

VIDA CARAQUEÑA—Por Eduardo Michelena—Madrid-España.

Con una dedicatoria que no merecemos y alusiva a nuestra tarea en esta sección, hemos recibido del gran escritor venezolano Eduardo Michelena un bello libro que evoca la antigua ciudad de Caracas, con punzante nostalgia. Con un hermoso prólogo de Arturo Uslar Pietri, quien resalta las calidades de esta obra, cuyos méritos son indiscutibles. El pasado no vale por sí mismo, cuanto por la carga energética de recuerdo que puede llegar hasta nosotros. Una ciudad es una historia de la cultura, un libro vivo, una enseñanza y un testimonio, cuando en verdad la amamos y nos sentimos unidos a ella por raíces, sombras queridas, evocaciones dulcemente evanescentes. Desgraciadamente tenemos los americanos, de raíz ibera, un concepto iconoclasta de nuevos ricos de la cultura. Y en nombre de la civilización moderna, hemos destruído toda la obra arquitectónica de la colonia y albores de la república, como si acabáramos de llegar de otro planeta y no tuviéramos residencia en la tierra. Una ciudad vieja es un encanto y una suave melancolía. Las reliquias arquitectónicas, los tipos humanos que vivieron en una época, las costumbres de un pueblo, forman el acerbo de su historia cultural. Destruír todo con la piqueta del progreso, es una tarea de bárbaros, de gentes desalumbradas con todo lo foráneo, sin presencia y amor en nuestra vida de pueblos hijos de España.

Por eso mismo, este libro de Eduardo Michelena tiene un valor histórico y emocional que nadie podría desconocer. En páginas tersas, alumbradas por su fervor humano, nos trae de la mano a la antigua ciudad de Caracas, aquella de campanas suspirantes, mantillas españolas, costumbres tiernamente amodorradas en un ayer florido, gentes que hablaron, vivieron, dieron rienda suelta a su ingenio, testificaron un momento de la vida caraqueña. Ese mundo con su toca de monja oracionera, de largas pláticas y buídos piropos, que a Teresa de La Parra, le producía el tedio, la melancolía, la búsqueda de algo perdido como en Proust. En todo caso, Eduardo Michelena ha cumplido una tarea ejemplar y ejemplarizante. Que Venezuela, la real, la auténtica, la de los días del Libertador, tiene que agra-

decerle. Viene a nosotros una ciudad con toda su belleza, amortajada en los canales del tiempo, pero que tenía alma propia, corazón encendido, sus flores de amor, encajes y suspirantes hazañas memoriosas.

* * *

LA PIPA Y OTRAS OCURRENCIAS—Por José Alejandro Navas—Editorial A.B.C.—Bogotá.

José Alejandro Navas, nuestro caro amigo, ha vuelto “a empuñar la péñola” como decían con gracia hilarante los “centenaristas”. Durante muchos años anduvo por la diplomacia, o por otros altos cargos consulares, tiempo precioso que, como lo anota su prologuista el admirable escritor Guzmán Esponda, perdió lamentablemente, pues, las letras no se pueden tomar como un ocio, una forma de voltear las hojas del tiempo, sino como algo más profundo y serio. El escritor tiene que comprometerse con su tarea. Que no obstante ser ingrata, exige de nosotros atención, carácter, conducta, rumbos y signos.

José Alejandro Navas regresa, pues, al mundillo de la literatura después de atravesar un larguísimo túnel de silencio. Pero conserva muchas de las calidades que le admiraron sus amigos hace tantos años cuando escribía para la revista social *Cromos*, de Bogotá. Es de lamentar muy de veras, el título de la obra. Sencillamente de un prosaísmo increíble en quien tiene recursos ingeniosos para tratar muchos de sus temas. El título de un libro puede salvarlo o sepultarlo en el olvido. Las crónicas de Navas son ligeras, festivas, no exentas de humorismo. Hizo sus primeras armas cuando el centenarismo colombiano le imprimía una manera de ser a la república. Esto resulta hoy pasado de moda, definitivamente congelado en el ayer. Las preocupaciones del día, la acidez de un mundo en evolución, cierto caos original que advertimos por todas partes, no permite ya escribir una literatura recreativa, algo costumbrista, con sus partituras de hielo, sus reminiscencias santafereñas, el olor peculiar de aquellas alacenas en las cuales las abuelas de basquiña, guardaban manzanas que le daban un perfume cándido y agreste a ropas, espuma de sedas, ropa de rico brocado.

Estas festivas crónicas de Navas es posible que ya no las lea la juventud ye-ye, frenética de ritmos, sofisticada por obra de manipuladores de ilusiones, sin gusto por lo taraceado, nimio, con matices suaves y esfumados. Pero no por este motivo, deja de tener belleza secreta este libro de Navas, ya que sabe repartir los dones de la gracia, con una cristalina sensibilidad muy parecida a la del incomparable Luis Tejada, maestro en el género. Muchas de estas evocaciones tienen algo de elegíaco, un adiós, suspendido entre dos siglos. Y esa melancolía de lo que nunca volverá, ese fino temblor iridiscente que nos producen las cosas viejas, pero nobles y asistidas por el tiempo y el dorado libro de las horas que se fueron hacia una clepsidra insondable.

* * *

TIPOS DELINCUENTES DEL QUIJOTE—Por Ignacio Rodríguez Guerrero—Casa de la Cultura Ecuatoriana—Quito. Ecuador.

Este libro del escritor nariñense, doctor Ignacio Rodríguez Guerrero, ha obtenido el Premio Quinquenal Internacional de Estudios Cervantinos denominado "Isidre Bonsoms" (1961-1966), del Instituto de Estudios Catalanes de Barcelona (España). Singular caso en verdad el de este escritor nariñense. Aislado de los medios y círculos en los cuales se distribuye arbitrariamente "la moneda de la fama", enterrado entre pilas de libros, siguiendo el curso de muchas culturas, trabajando en temas antípodas entre sí, asistido únicamente por su fervor lírico y su profundo amor por temas y sistemas intelectuales cuya eternidad nadie puede negar, Rodríguez Guerrero ha llegado a cumplir una extensa parábola como escritor, la cual señala en él a uno de los pocos ingenios vivos de nuestra literatura. A diferencia de muchos otros, no lo ha tentado lo fácil, superficial y brillante. Aquello que, en verdad, es apenas un escarceo, la viruta de la madera. Sus trabajos tienen hondura, densidad, temperatura. Como todo fruto que tuvo necesidad de raíces para crecer. De aquellas que se hunden en la tierra para levantar el árbol corpulento, cuya sombra a todos nos cobija.

Egregia tarea en verdad la que se ha propuesto este varón de soledad. No ha sido ayudado por el favor de los linotipos más prestigiosos, sino que ha trabajado con honestidad, con fervor, con encarnizamiento podríamos afirmar. El mundo de la cultura universal es vastísimo. Y para poder penetrar en él, formarse un concepto de la historia en función creadora y testificadora, es preciso no descansar, afincarse en la tierra de la sabiduría. Rodríguez Guerrero lo ha hecho, sin más armas que una pasión creadora ejemplar y ejemplarizante. Pertenece a esa rara familia de interesados imaginativos que han logrado empujar la carreta de la literatura ya no como algo muerto y tedioso, sino como manantial vivo, para pensar, crear y recrear un mundo singular, en el cual solo penetran de verdad los espíritus obstinados, que hincan el diente en la amarga corteza de hechos que en un tiempo fueron vida bullente, espectáculo grotesco o brillante, bufonesco o serio.

Este libro de Rodríguez Guerrero es la más completa radiografía de España. La de los cristos tumefactos, de ojos en agonía. La de los lienzos templados al fuego de la pasión. Aquella amarga y honda, repujada por el viento, de una gitanería supersticiosa y agorera. Tierra de embrujo, de hachones sangrientos, de Santa Campaña. Soldadesca y truhanes que todo lo esperan de lances de la fortuna. Burriciegos, rameras, cojitrancos, brujas que remueven aguas de maleficio, crímenes, amores clandestinos, moriscos fieros, doncellas cautivas, mundo de engendros, esperpentos, pugnas, lloros, molineros enharinados y jocundos, porrones de vino, superstición, cante jondo, danza patética, rufianes, esa España dramática y desértica que se pasea por toda la literatura española, no solamente de los siglos XVI y XVII, sino en los grandes novelistas modernos como Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Camilo José Cela y tantos otros.

Admirable tarea, pues, la de Rodríguez Guerrero. Sus tipos delincuentes son realidad, como se pasean por el libro eterno de Cervantes, tufarada de humanidad que, por lo mismo es eterna, porque nos presenta su verdadera substancia, sin regatear nada.

Muy bien merecido el premio concedido al escritor colombiano, cuya tarea de escritor a todos nos honra.

* * *

GEOGRAFIA FISICA Y ECONOMICA DEL QUINDIO— Por Jesús Arango Cano.

Empecemos por declarar que sentimentalmente siempre hemos sido amigos de la unidad nacional. Que jamás hemos creído en que bifurcar el territorio nacional en departamenticos, pueda servir para algo diferente a crear voraces cuadros burocráticos, famélicas cortes de los milagros cuya mendicidad tendrá que cubrir con harapos de presupuesto, el gobierno nacional. El caso del departamento del Quindío parece diferente al de otras calenturientas creaciones de nuevos departamentos que encuentran campo propicio en un congreso en el cual los interesados se ingenian para despedazar la república.

Jesús Arango Cano es un trabajador infatigable por darle al occidente colombiano, toda su jerarquía y su importancia histórica. Sin ninguna clase de apremios económicos, hubiese podido dedicar su vida a vagar por lejanas playas, por doradas noches de cabarets, atento únicamente a una vida falsa pero cuyas lentejuelas brillantes atraen a tantos ricos sin nexos con su propia tierra. Arango Cano, por el contrario, investiga, trabaja, crea riqueza, ilumina su vida con libros que son el producto de su investigación y riguroso análisis de la realidad colombiana. Nos presenta ahora esta geografía física y económica del joven departamento del Quindío, cuya creación tuvo en él un pionero terco e iluminado. Analiza los valores étnicos de su tierra, las razas que originariamente la poblaron, lo que fueron dejando ellas en su paso por la tierra quindiana. Estudio exhaustivo del potencial de esa tierra en la cual el café es la principal fuente de riqueza. Habitada hoy por una raza fuerte, emprendedora, cristiana y capaz de cumplir también las hazañas de hacha y plantación de sus abuelos.

Un trabajo serio, escrito con amor por el Quindío. Y que mantiene vigente el nombre de Arango Cano, como el de un escritor que vive su paisaje, su hazaña, su tiempo, sin hurtarle el cuerpo y la mente a responsabilidades mayores cada día.

* * *

NUEVO LENGUAJE POETICO. - De Silva a Neruda— Por Carlos D. Hamilton—Publicaciones del Instituto "Caro y Cuervo"—Bogotá, Colombia.

"El autor: El doctor Carlos D. Hamilton es actualmente profesor de literatura hispanoamericana en el Brooklyn College of City University of New York. De agosto de 1963 a junio de 1964, estuvo como profesor

visitante, gracias a la Comisión de Intercambio Educativo (Fulbright), en el seminario Andrés Bello del Instituto "Caro y Cuervo", en el cual dictó cursos monográficos sobre literatura de este autor. El doctor Hamilton nació en Santiago de Chile. Estudió humanidades y letras en la Universidad de Chile en la cual se graduó en 1923. Ha desempeñado cátedras también en la Universidad de Chile, en Columbia University y en New York University".

Esta es la sintética biografía de este escritor chileno, tan honda y vezrazmente preocupado por la crítica literaria, tanto española como americana. Sus planteamientos tienen el rigorismo de confrontaciones serias, sin dejarse llevar por gustos, preferencias o acerbías tan propias de nuestros medios críticos. Los juicios del ensayista se contraen al modernismo. Porque lo considera, con razón, como una especie de despertar de América a las tareas líricas. José Asunción Silva, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Amado Nervo, Guillermo Valencia, Julio Herrera y Reissig, y el post-modernismo con Gabriela Mistral, Porfirio Barba Jacob y la vanguardia con Vicente Huidobro, Pablo Neruda, César Vallejo, Federico García Lorca, Nicolás Guillén Jorge Luis Borges, Jorge Enrique Adoum, integran el libro. Fácilmente se hecha de menos nombres fundamentales en la crítica del modernismo y las escuelas posteriores: Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, Parra del Riego, Leopoldo Lugones, González Martínez, Cruchaga Santamaría, Chocano, Pedro Salinas, Leopoldo Panero, Juana de Ibarborou, Rafael Maya, Rafael Vásquez, Bernárdez, María Eugenia Vaz Ferreira, Torres Bodet y tantos otros.

En todo caso, el estudio de los poetas que acerca a su visión el profesor Hamilton, está cargado de sugerencias y resonancias muy importantes. El modernismo, preciso es aceptarlo, no se vinculó a nuestras calientes realidades. Llámense criollismo, indigenismo, americanismo. Fue un testimonio de otras literaturas, un tributo a grandes ríos culturales entroncados con Grecia. Acaso César Vallejo sí tuvo la palabra amarga y el gesto cierto y la desolación pávida para darnos este "aire indio", esta melancolía silenciosa que nos hace sangrar por dentro. En cuanto a Luis Carlos López—sobre quien preparamos una biografía—, es el más original de los poetas americanos. Rastreó los rumbos "municipales y espesos". Adelgazó su lirismo para la cabriola insignificante del peluquero, el boticario, la sobrina del cura, el perro lastimero, la misma muerte con mueca festiva y lento garabato de niebla.

El modernismo necesita aún mayor penetración. Porque fue, queramos o no, un movimiento aristocrático, una imitación de delicuescencias europeas muy eruditas por cierto, un tributo, pero jamás una expresión lírica propia. El autor de este magnífico libro señala algunas verdades como gotas amargas sobre una coctelera de alabanzas dulzarronas.

Estos ensayos son de veras meritorios y enaltecedores y los poetas aquí incluídos, han recibido un justo homenaje a su obra. Esta clase de obras siguen honrando al Instituto "Caro y Cuervo", en su magnífica tarea cultural.

* * *

DON FEDERICO DE ONIS.

Lo conocimos e intimamos con él cuando desempeñamos la Sub-dirección de la Biblioteca Nacional de Colombia. Era todo un espectáculo de la inteligencia, hombre de vivacidades, anécdotas, reencuentros con lo más hondo de su España peregrina. Su verbo era inagotable. Para don Federico no habían muerto los grandes escritores de Iberia. Estaban junto a él, fortaleciendo y encendiendo el diálogo. Sus ojos un poco oblicuos copiaban hombres, cosas, paisajes. Tenía avidez espiritual por darnos su más profunda y cierta intimidad. Aquella que viene a ser el producto orgánico de nuestro vivir. Los autores predilectos de su patria, libraban grandes batallas con este don Federico de tan esclarecedores motivos literarios. Les increpaba a algunos el haber dejado truncos personajes, tiempo histórico, verdad sin nada ficticio. Se empeñaba en ponerlos nuevamente a caminar sobre el bronco cuero de la historia. Tenía para ello avidez, pasión intelectual, afán de mostrárnoslos en sus esencias capitales. Un mundillo de sombras convertido en latido cordial, en forma de ciprés, en sombría presencia goyesca.

Estudioso de todas las literaturas, amó siempre el sentimiento trágico de la vida de que hablara don Miguel de Unamuno. Había nacido en Salamanca y desde niño se fue de brazo con una novelística rica en colorido, membrana del viento en la arboleda, suspirante y elegíaca voz de todo un pueblo que convoca a la muerte. Desde Jorge Manrique hasta los últimos poetas de la generación del año 20, tuvieron en Federico de Onís una especie de adoctrinador, de intelectual muy cerebral por cierto, que sacaba de su obra todo aquello que era verdad, cercenamiento, hito, presencia. Una obra de crítica y de amor gigantesca como pocas. Porque Federico de Onís fue uno de los últimos hispanistas, un cruzado ardiente, un escritor beligerante, que amó desesperadamente todo lo hispano, la formidable trabazón de ese pueblo, cuyo pensamiento no cabe en tratados adocenados para modistillas, ni en recetas gringas para vivir bien, hacer amigos, enriquecer por medio de la simpatía y la bobería.

En todo su horizonte de escritor no se alza una sola torre de papel, una actitud benévola, una neutralidad frente a la vida. Que es necesario encararla y pelear sin esperanza ni recompensa. Con furia, lágrimas, memorias, agridulces-recuerdos. La realidad le dejaba ver sus intimidades y sus fosforecencias. Y sobre el mapa de España señaló con pájaros de fuego lo mortecino y alcabalero, para dejar en cambio sitio a la luz que resplandece en sus grandes creadores de novela y de poesía.

Cortó el hilo de su vida cuando esta podía convertirse en un manojo de dolores, sin la lumbre ascética de la inteligencia. Su nombre honra las letras españolas.